

INSTINTO Y PROBLEMATICA SEXUAL

Dr. Pedro MARTINEZ LOPEZ

1. LA SEXUALIDAD SEGUN LA ESCUELA PSICOANALITICA

Debemos a Freud el mérito de haber demostrado que existe una sexualidad infantil. Esta sexualidad no tiene nada de genital en sus comienzos. En este punto Freud está de acuerdo con Rousseau: lo verdaderamente genital no comienza hasta la pubertad, con la masturbación del adolescente.

En estas condiciones, ¿bajo qué criterio Freud fundó su hipótesis de sexualidad infantil?

El instinto sexual, según Freud, es el impulso biológico que tiende a descargar el organismo, sometido a una excitación, de cualquier tensión negativa. El placer, dentro de esta perspectiva, viene a compensar el restablecimiento de un equilibrio perturbado. Por tanto, pueden calificarse de sexuales ciertas funciones o sensaciones agradables que nacen de satisfacer funciones primarias, tales como el hambre, la sed o la expulsión de excrementos.

Análogamente, ciertos estímulos, como la succión del pecho o el acariciar el labio superior de un lactante, le producen un placer pseudoorgásmico. También la observación demuestra que la sexualidad genital adulta y sus anomalías son directamente consecuencia de la evolución psicosexual infantil.

Por todas estas razones, Freud afirmó que existía una sexualidad infantil y ésta se localizaba en tres zonas privilegiadas que corresponden a tres etapas de maduración del individuo. Son los estadios oral, anal y genital.

Fase oral

La función nutritiva de la que depende la vida del lactante reviste la región bucal de una actividad erótica dominante (succión del pecho).

El beso es, en el comportamiento sexual adulto, una persistencia de esta fase infantil. Traduce el deseo irrefrenable de contacto y de comunicación. Experiencias recientes demuestran esta necesidad vital: un bebé privado de caricias y besos puede morir. El beso puede mitigar la primera separación dramática del seno materno. Perpetúa el símbolo de unión afectiva.

Fase anal

La zona erógena principal se localiza, en el curso del segundo o tercer año, a nivel de la mucosa anal, en relación con los problemas intestinales, tan frecuentes en esta edad. El placer está ligado a la función de defecación, retención o expulsión del bolo fecal.

Al dualismo sujeto-objeto de la fase precedente sucede una doble confrontación: voluptuosidad-sufrimiento y, por otra parte, pasividad-actividad. Hay una ambivalencia: placer anal combinado con contracciones dolorosas del intestino. Esto será el comienzo de la erotización del dolor, que constituye la *esencia de las actitudes sadomasoquistas*. Por esto a esta fase se le llama

«sádicoanal». Referencias a este hecho se encuentran en la pintura y literatura antiguas.

Pero además del hecho pasivo, en la expulsión de excrementos hay un hecho activo. El niño descubre que, como salen de él mismo, los puede modelar y le sirven para crear una relación con su madre que le satisface, aunque al mismo tiempo le sirven para afirmar su independencia, resistir a las presiones e iniciarse en el sentido de la propiedad (las heces son suyas). Se puede comprender que, según la concepción psicoanalítica, la exacerbación del sentido de la propiedad puede llevar a la identidad simbólica de las heces y del dinero.

Fase genital o fálica

Comienza en el cuarto o quinto año. Con ocasión de vestirle, desnudarle, etcétera, o, mejor, a consecuencia del deseo de explorar su cuerpo, el niño descubre que siente una satisfacción a nivel de sus genitales externos. La masturbación aparece.

En esta fase aparece un nuevo complejo llamado de virilidad-castración. En esta época el niño y la niña toman conciencia de la diferencia de sexos y del valor del pene como órgano prevalente y que va a servir para establecer unas diferencias de clase entre los seres humanos.

Según Freud, la actividad psíquica del niño está encaminada a buscar el placer y evitar el dolor, o sea, que está reglado por el principio del placer: placer de tocar, ver, exhibirse, descubrir el cuerpo de los otros, etc. Según Freud, el niño es un «perverso polimorfo», porque en él puede hallarse todas las posibilidades de desviaciones ulteriores

Pero pronto, ya en el lactante, actúa el principio de la realidad y el niño consciente espera la hora de los biberones y a disciplinar sus esfínteres. Es así, mediante la conjunción del principio de placer y el de realidad, como se construye nuestra personalidad. Si dejamos libre el principio de placer y permitimos al niño comer cuando quiera y dejar libre de control sus esfínteres (cosa que se ha intentado hacer por algunos psicólogos), puede causar a la larga dificultades de integración en una sociedad que se rige por unas normativas definidas. Pero también la actitud demasiado rígida de los padres (en nombre del principio de realidad), imponiendo una férrea disciplina, obstaculizará la maduración del niño, fijándolo, por ejemplo, en la fase anal, y más adelante cualquier problema afectivo revivirá este estadio y el niño mojará la cama todas las noches. Esta actitud rígida en el adulto ha conducido a estados represivos y su consiguiente clandestina satisfacción.

La evolución psicosexual del niño va combinada con una evolución de la agresividad. Así, en la fase oral, muerde el pezón o la tetina; en la fase anal hay un sadismo que se evidencia en detalles como el estirarle la cola al gato, etcétera. Este aspecto agresivo de la sexualidad permanece hasta la primera edad adulta. En el acto sexual normal hay agresividad ya desde el solo hecho del espermatozoide luchando con sus congéneres para entrar en el óvulo.

Relaciones madre-hijo

Ya existen antes de que el bebé se engendre en la imaginación de sus padres. Con ocasión del embarazo, *la futura madre proyecta su imagen ideal del hijo en el bebé* que tiene que nacer y se lo imagina bello, fuerte e inteli-

gente. Sin embargo, a veces estas relaciones no se establecen bien en un principio (joven madre que piensa que su hijo le estropeará la figura o sus ansias de promocionarse, problemas conyugales coexistentes, etc.). En estos casos la madre, al darse cuenta de que no acepta al hijo, engendra una reacción emocional de culpabilidad o de angustia.

En una primera fase de las relaciones madre-hijo, que podríamos llamar «de dependencia», la madre adquiere una percepción de las necesidades de su hijo. Comprende su lenguaje postural, sus lloros, sus sensaciones de bienestar. Según estos datos, ella le alimenta y le protege contra las agresiones exteriores. Aparte de esto, la actitud materna, muchas veces inconsciente, proporciona al bebé un clima de afectividad estimulante. Si no existe o es insuficiente este último, se producirá un estado de tensión, evidenciable sobre todo a nivel del aparato digestivo: anorexia, vómitos, cólicos abdominales.

Existe una indiferenciación, una simbiosis madre-hijo en estas primeras fases. Esta satisfacción mutua, completa, física y psíquica, de la madre y del hijo por el paso desde uno a otro de un líquido orgánico (la leche) es análogo a la relación entre un hombre y una mujer en el punto culminante del acto sexual.

Más adelante, desde el octavo mes, el niño se da cuenta de la presencia de su madre, comienza a interpretar las expresiones de su rostro, el sonido de su voz, su mímica y su actitud. Se da cuenta de la «malvada madre» que se opone a la satisfacción de sus deseos. Se da cuenta de la posibilidad de separación de su madre y más adelante, en vista de la imposibilidad de la presencia materna, el niño descubre su propio cuerpo. Se coloca delante de un espejo e identifica la imagen de su cuerpo, que puede hacer aparecer y desaparecer. Descubre ciertas zonas de su cuerpo de sensibilidad privilegiada (primeras masturbaciones). Puede presentar incipientes signos de masturbación infantil.

El paso de la relación madre-hijo a una utilitaria actitud afectiva está favorecido por el amor maternal. La adquisición del lenguaje, su desarrollo motor, su curiosidad intelectual, depende de la tonalidad afectiva de esta relación. La hostilidad materna (aunque sea camuflada), su solicitud ansiosa, sus cambios de humor cíclicos, son causa de angustia para el niño y pueden comprometer el desarrollo ulterior de su personalidad. Los trastornos del sueño, alimentación, etc., dependen del comportamiento de la madre.

Desgraciadamente, las condiciones socioculturales en las que nos movemos dificultan esta relación (madres que trabajan). Lo importante es que puedan disponer de tiempo para estar cerca de su hijo y que en este tiempo puedan ejercer bien su función. Esto se reflejará en la escuela, la universidad, el taller y en su vida profesional y amorosa.

El complejo de Edipo

Se observa a los cuatro-cinco años, época en que la libido se libera de la fase digestiva o esfinteriana para polarizarse a nivel genital.

Desde el segundo año rivaliza con sus hermanos. A cada nuevo nacimiento reconoce que pierde un poco el amor de sus padres, concretamente de la madre. A veces se manifiesta de forma agresiva-celosa (complejo de Caín).

En el complejo de Edipo el primer amor es la madre y el tabú del incesto

es impuesto por el padre, que rompe la «diada» madre-hijo. Esta renuncia por parte del hijo inaugura la época de las sublimaciones.

En esta fase, esta sublimación se hace bajo el complejo de castración. Los niños se dan cuenta de su diferente sexo y esta idea interviene en sus juegos (no es raro que jueguen a hacer un coito), en los que el niño adopta una posición de desprecio hacia la niña.

Más adelante el niño se identifica con el padre, soluciona el complejo de Edipo y adopta la conducta y agresividad viriles.

En cambio, en la niña parece que la visión del pene del niño le da idea de la superioridad masculina. Esta envidia es la que la empujará a rebelarse contra la dominación del hombre. Para solucionar esta fase, ella debe revalorizar su propia anatomía e identificarse con su madre, con lo que su sexualidad será más pasiva, más afectiva, menos agresiva que la del chico.

La resolución del complejo de Edipo implica el final de la fase de oposición al progenitor del mismo sexo.

La fase de latencia

A partir de los siete años y hasta la pubertad, la sexualidad infantil entra en una fase de latencia. La energía libidinal del niño se deriva hacia la escolaridad y sociabilidad. La escolaridad es trascendente en la historia del niño: pasa de la familia al grupo, se abre al mundo exterior. La sociabilidad es una consecuencia de la escolaridad: comienza la era de los camaradas; al contacto del grupo la personalidad se afirma. Persiste la necesidad del juego, el cual concilia la búsqueda del placer con la necesidad fisiológica de actividad, permite descargar su agresividad, ayuda a la sociabilidad por la sumisión a las reglas del juego y por el contacto con otros.

La capacidad de adaptación del niño a los nuevos medios depende de factores hereditarios, pero sobre todo de la relación madre-hijo. En las sociedades primitivas esta relación es más perfecta; la civilización la ha dificultado, según hemos visto. En nuestro hemisferio occidental, las comunidades de *hippies* constituyen un ejemplo de retorno a la naturaleza y a esta perfecta relación.

2. EDUCACION SEXUAL EN LA INFANCIA. DEL NACIMIENTO A LA PUBERTAD

Prolegómenos

Ya Emilio Rousseau critica a los padres que se desprecupan del problema sexual alegando que «es secreto de gente casada», porque, según él, quien recibe esta respuesta, «molesto por el tono despreciativo, no se dará punto de reposo hasta haber descubierto el secreto de la gente casada». También cita la respuesta incorrecta de una madre: «Hijo mío, las mujeres los *orinan* con tan grandes dolores que a veces *les cuesta la vida.*»

¿Por qué no se ha hecho educación sexual infantil hasta nuestra época? ¿Creíamos que el niño no era un ser sexual? ¿Por qué queríamos retardar el nacimiento de un instinto peligroso?

Muchas prohibiciones son relativamente recientes: por ejemplo, la significación inmoral de la masturbación es posterior a la Reforma, ya que antes la Iglesia no le daba ninguna importancia. Fue Tissot, en 1797, quien empezó a señalar sus peligros, y Bésédé le atribuía «agotamiento nervioso, entorpecimiento, estupidez, enflaquecimiento y cretinismo».

Freud fue el primero en explorar metódicamente la sexualidad infantil. Más tarde se consideró la conveniencia de informar a los jóvenes. Pero ¿dónde? ¿En la familia o en la escuela? La tendencia dominante es que sea en aquélla, aunque la ley francesa de 1947 habla de «bajo qué forma una educación sexual puede introducirse en los establecimientos de instrucción pública». Una encuesta reciente en Francia, entre padres, dio un 55 por 100 de respuestas afirmativas a la educación sexual en la escuela (un 31 por 100 de negativas y un 14 por 100 sin opinión). En las escuelas suecas se hace regularmente. Sin embargo, un comité inglés ha dicho recientemente que «sólo en la familia puede darse la educación sexual de la manera más eficaz», y que «si los padres cumplieran con su deber no se plantearía en el colegio el problema de la educación sexual».

En algunos Estados de Estados Unidos se hacen cursos obligatorios. Maberly dice que:

- a) La práctica y ejemplo de los padres importa más que los preceptos.
- b) La forma y naturaleza de las respuestas a las preguntas deben estar determinadas por el desarrollo físico, afectivo e intelectual del niño.
- c) La educación debe ir de acuerdo con el contexto cultural y religioso local y nacional, y equilibrarse entre la familia y la escuela.
- d) En la escuela la educación sexual debe ser progresiva e integrada.
- e) La necesidad de repeticiones es natural en el niño.

Bibby dice: «La educación sexual en la escuela es tanto mejor cuanto que es menos aparente. Debe inscribirse de una forma natural y discreta en la vida escolar corriente.»

Existen discos, diapositivas, películas de educación sexual, incluso dibujos animados.

La educación sexual propiamente dicha (no la instrucción) no es más que un aspecto de la educación de la afectividad, como la sexualidad no es más que un aspecto de la afectividad. No puede deslindarse de la educación en general, y si ha sido separada es por la torpeza de ciertos educadores, incapaces de superar sus propias deficiencias en este punto. Su misión es preparar al niño para unas funciones propias del adulto, o sea, que lo prepara para ser hombre o mujer.

No debe ser represiva, ya que si lo es puede dar lugar a trastornos de la vida sexual como consecuencias reaccionales; sin embargo, debe ser *encauzadora* del instinto sexual para hacerlo compatible con las exigencias sociales.

Información sexual

Es contestar a las preguntas. Si se contesta correctamente, la información es correcta.

Según la escuela psicoanalítica, existe un «conocimiento inconsciente» de las cuestiones sexuales por parte del niño, que depende del despertar suce-

sivo de las distintas partes del cuerpo a las posibilidades de placer (fases oral, anal y genital).

Los intereses sexuales a los nueve años (por ejemplo), según Gessell:

- Intercambio con amigos sobre informaciones sobre la sexualidad.
- Interés por detalles y función de sus propios órganos.
- Búsqueda de grabados en libros.
- Se molesta (a veces) cuando se le sorprende desnudo.
- Puede negarse a mostrarse desnudo ante su progenitor del sexo opuesto.
- Poemas sexuales.
- Bromas sobre el amor, separación de sexos al jugar.

A veces el niño olvida cosas que le explicamos sobre el sexo. Cuando las olvida no es un olvido intelectual, sino un olvido afectivo. Lo que falta no es una maduración intelectual, sino una maduración afectiva.

A veces no preguntan; eso es porque los adultos no han respondido o lo han hecho de manera evasiva o absurda y contradictoria. El niño piensa que en ello hay una prohibición o que no hay que confiar en los padres y hay que buscar otras fuentes de información. (Ejemplo: «el niño se formó junto al corazón de la madre», «salen por el culo», etc.).

Modos de información: no verbal, verbal familiar, científica

No verbal: Diferencias sexuales en hermanos y padres. Ven desnudos a los padres. No debe haber exhibicionismo, pero si el niño quiere ver los órganos de los padres, no hay problema en enseñarlos. Sabe que los padres duermen juntos (idea de la vida conyugal). Ve a su madre encinta. Ve a los novios en las calles. A veces la experiencia es nefasta (atentados sexuales c exhibicionismo).

Verbal familiar: Dar a cada cosa su nombre. Responder sin ir más lejos de lo que el niño solicita. Si hay una pregunta molesta puede pedirse unas horas de plazo. Aunque sabiendo que el niño tarde o temprano formulará preguntas, es mejor estar preparado para contestarlas de manera natural e inmediata. No esconderse para hablar de embarazos o partos. Mejor explicar que dar un libro: la explicación es más flexible y establece una mejor relación padre-hijo. Al niño le importa más el que se le responda que el contenido de la respuesta, porque al responder autorizamos el diálogo.

Ya a los tres años el niño tiene curiosidad por las diferencias sexuales, por eso explora su cuerpo y el de sus hermanos. Entonces es cuando las niñas se pueden creer castradas (complejo de castración); depende de cómo los padres enfoquen la respuesta al ser preguntados por qué ella no tiene pene. Es lógico que pregunte sobre el nacimiento de los niños. Sobre esto quizá debe informarle la madre: es tranquilizador oírle hablar sin lamentarse de esta experiencia que ella misma ha vivido. Cuando pregunten sobre las relaciones sexuales debe contestar el progenitor al que se dirija el niño, pudiéndose después hablar conjuntamente con el otro progenitor. Hablar de las primeras reglas y de las poluciones nocturnas. Advertirle de la posibilidad de atentados sexuales, sin decirle que eso puede ocurrirle a él. Citar otras formas de práctica sexual no habituales para que pueda reconocerlas si las ve. Hablar de los órganos sexuales internos y, más adelante, del mecanismo de reproducción, siempre basándose en el amor mutuo. Finalmente, el educador

tendrá que usar láminas anatómicas. En una fase posterior el niño comprenderá que no sólo él es resultado del amor, sino que un día será partícipe de ese amor: comienza la curiosidad por el erotismo. Lo importante, entonces, es que tenga una idea sana del acto conyugal. Entonces hay que hablarle del instinto genital, hacerle comprender sus finalidades: comunicación, procreación y satisfacción. Que se precisa de una madurez psicoafectiva para realizarlo (ser responsable, y esto no ocurre hasta que se es mayor).

También hay que formar un criterio moral, pero ¡cuidado con hipermoralizar aprovechándose de la posición privilegiada de los padres! Algunos padres de vida sexual no muy moral son los más rigurosos respecto a los hijos, como si quisieran calmar en ello sus culpas secretas. Otros dan una moral negativa; sólo dan prohibiciones, incluso deformando la verdad para que sus ideas sean más convincentes. El niño no necesita prohibiciones, sino ideales a los que pueda tender.

Educación sentimental

Es la educación del amor. Es la educación de la personalidad para buscar la formación de un hombre o una mujer, o sea, que se confunde con la educación simple. Es indispensable que el niño reciba amor (si no, no lo podrá dar) y, a este respecto, las experiencias durante las primeras fases de la vida son esenciales: caricias maternas, etc. A este respecto, las experiencias de Spitz fueron muy importantes. El niño capta la alegría y la ternura o bien la indiferencia y malhumor con que la madre le atiende, y si la relación madre-hijo es mala lo expresará con anorexia, rechazo, etc. El amor materno debe darse sin reclamar nada a cambio. Si la madre pretende cobrarse haciendo del niño una posesión personal, el niño recibirá el amor como una amenaza. Entre madre e hijo no debe haber una relación de posesión, sino una de dualidad. Es peligrosa la excitación repetida de las zonas erógenas del niño: enemas, supositorios, etc., reiterados; acostarlo con los padres, dormir con ellos siendo mayor, etc.

La resolución del conflicto edipiano se hace mediante la identificación con el progenitor del mismo sexo, al que se ama desde entonces de una forma nueva.

¿Cómo realizar la educación sentimental, que es la educación sexual propiamente dicha?

Primero, ayudar al niño a admitir su propio sexo (¡cuidado con los padres que deseaban tener un hijo del sexo contrario!). Referente al problema de los vestidos y de los peinados ambiguos hemos de precisar que las diferencias de sexos, más que concretarse en diferentes formas de vestir, diferentes colores para uno y otro, distintos juguetes, etc., deben basarse en el carácter realizador de cada sexo.

Dejarle en libertad para que desarrolle su motricidad (correr, moverse) con el fin de que no eche de menos la progresiva disminución de las caricias maternas. Permitirle un máximo de experiencia e iniciativas. Si el niño pide acostarse con mamá o la niña con papá, es el progenitor del mismo sexo el que debe negarse, nunca el otro.

Es preciso que el padre dedique tiempo a sus hijos. Los niños y las niñas necesitan un padre; si no lo tienen, buscan su imagen en un profesor o en alguna persona del sexo masculino. En ausencia de esta personal real, el niño

puede identificarse con una figura imaginaria. Las viudas o viudos deben conocer esto, aparte del peligro de concentrar un exceso de amor en el hijo.

Cuidado con fomentar complejos de castración («te cortaré esto si te lo tocas con la mano», o en la niña: «te infectarás si te tocas tanto»). También hay castraciones psicológicas cuando se limita arbitrariamente la actividad física o la sensibilidad. La educación sexual no debe perseguir el guiar sin cesar a un niño a quien no se le pide más que docilidad. Poco cabe esperar de los cursos de moral, pero mucho de una organización de la vida escolar que dé a cada niño conciencia de sus responsabilidades y provoque sus iniciativas.

Coeducación

Debe hacerse en el hogar y en la escuela. En la familia tiene lugar el primer aprendizaje de la vida, y sobre todo de la vida de relación, por lo que cuanto más diferencia de edades y sexo existan, mayor experiencia adquirirá el niño.

Puede ocurrir que la familia sea *monosexuada*, con predominio de un sexo o con *gran divergencia de edades*. En el primer caso puede existir una cierta hostilidad hacia el otro sexo. En el segundo existe un aplastamiento del representante de la minoría o bien ésta intenta parecerse a la mayoría.

Sin embargo, la solución perfecta depende de la actitud de los padres, de cómo hayan sabido hacer su papel de hombre y mujer y de constituir una verdadera pareja. La ayuda que el padre preste a la madre dará al hijo la impresión de que no pierde (o pierde) su virilidad si friega los platos, por ejemplo.